



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 23.

JUEVES 6 DE AGOSTO DE 1863.  
Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

## SUMARIO.

LA DECADENCIA GENERAL DE ESPAÑA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII, ¿ALCANZÓ TAMBIEN A LAS INDUSTRIAS AGRÍCOLA Y MANUFACTURERA? por Florencio Janer.—CANTABROS Y ROMANOS, balada vascongada, por Vicente C. de Arana y Arana.—ARQUITECTURA MUSULMANA EN EGIPTO, por T. de José Pastor de la Roca.—PINTURAS DE LA ALHAMBRA.—LOS ÚLTIMOS MOMENTOS DE DON JUAN DE AUSTRIA.—CUENTOS MORALES, Delfina ó la cura feliz, por Madama de Genlis.—EL REAL PALACIO DE MADRID.—LA LUZ DEL HOGAR, por Herder.—CANTARES.—RECUERDO, por Lord Byron.—REFRANES HIGIENICOS.

## LA DECADENCIA GENERAL DE ESPAÑA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII, ¿ALCANZÓ TAMBIEN A LAS INDUSTRIAS AGRÍCOLA Y MANUFACTURERA?

### I.

En los últimos años del siglo XV, durante el reinado de los monarcas Católicos don Fernando y doña Isabel, el estado de la industria tanto rural como fabril no podia ser placentero en manera alguna. Examinando el estado de la agricultura, sin duda la primera de las industrias y la base de las demás, fuerza nos es decir que habia de hallarse en la mayor postracion y atraso como otra industria cualquiera. Un reinado en que continuamente se arrancaba á los labradores de sus faenas del campo para ir con los reyes ó sus señores, tanto eclesiásticos como legos, á hacer la guerra á los moros ó á otros reinos, ó bien hacérsela entre sí; un reino en que especialmente en las provincias de Andalucía y otras fronterizas eran casi continuas las correrías y talas que destruían las mieses, cortaban los árboles, arruinaban los molinos y alquerías, arrasando enteramente las tierras y dejándolas como si nunca hubiesen sido cultivadas; un reino en que eran tan frecuentes las pestes y epidemias de toda especie, las consiguientes hambres y carestías, las extraordinarias sequías, seguidas tal vez de furiosas tempestades y devastadoras inundaciones; un reino, en fin, que por tantas emigraciones,

forzadas las unas y aun verificadas en grande escala, habia debido padecer una considerable despoblacion, ¿podia este reino tener una agricultura floreciente que correspondiese siquiera en parte á la envidiable benignidad del clima y á la natural fecundidad de la tierra?

Así es como un sabio español de nuestros dias (1), tratando de manifestar que la agricultura actual escede á la de los tiempos anteriores, prorrumpe en estas espresiones:

«Dígase sin pruebas que la agricultura de los árabes españoles, con sus acequias de riego y sus plantíos de algodón, y sus feraces y dilatados campos de cereales, ni tuvo entonces ni tiene hoy competidores: recuérdese en buen hora como un modelo la de los tiempos gloriosos de los Reyes Católicos con los elogios y pomposas hipérboles de sus encomiadores: es lo cierto que ningun documento de esas épocas justifica tan estrañas exageraciones. Al contrario, el exámen de la sociedad y de los gobiernos, la situacion especial en que se encontraba España, solo permiten ver en ellas un ciego amor á la patria y ese respeto que espontáneamente se concede siempre á las cosas de nuestros mayores. Si por fin venimos á tiempos mas cercanos á los nuestros, encontraremos que los datos estadísticos inclinan tambien la balanza hácia los productos actualmente conseguidos.»

«Tal cual fue la agricultura de la época visigoda, dice otro célebre escritor español (2); todo pereció en la irrupcion sarracénica y hubieron de pasar muchos siglos antes que renaciese la que podemos llamar propiamente nuestra agricultura.

«Es cierto que los moros andaluces, estableciendo la agricultura Nabathea en los climas mas acomodados á sus cánones, la arraigaron poderosamente en nuestras provincias de Levante y Mediodia; pero el despotismo de

su gobierno, la dureza de sus contribuciones, las discordias y guerras intestinas que los agitaron, no la hubieran dejado florecer, aun cuando lo permitiesen las irrupciones y conquistas que continuamente hacíamos sobre sus fronteras. Cuando por medio de ellas hubimos recobrado una gran parte de territorio nacional fue para nosotros muy difícil restablecer su cultivo. Hasta la conquista de Toledo apenas se reconoce otra agricultura que la de las provincias setentrionales. La del pais llano de Leon y Castilla, espuesto á continuas escursiones de parte de los moros, se veia forzada á abrigarse en el contorno de los castillos y lugares fuertes, y á preferir en la ganadería una riqueza movable y capaz de salvarse de los accidentes de la guerra. Despues que aquella conquista le hubo dado mas estabilidad y estension á la otra parte de Guadarrama, continuas agitaciones turbaron el cultivo y distrajeron los brazos que le conducian. La historia representa nuestros solariegos, ya arrastrados en pos de sus señores á las grandes conquistas que recobraron los reinos de Jaen, Córdoba, Murcia y Sevilla hasta la mitad del siglo XIII, y ya volviendo unos contra otros sus armas en las vergonzosas divisiones que suscitaron las privanzas y las tutorías. ¿Cuál, pues, pudo ser la suerte de nuestra agricultura hasta los fines del siglo XV?

Un historiador moderno de los Reyes Católicos (1), al hablar de lo que estos hicieron para favorecer á la agricultura, comercio y artes, se espresa en los siguientes términos:

«Fácilmente se conocerá que el comercio, la agricultura y todos los demás ramos de industria debieron experimentar la mayor decadencia por el desgobernio de los reinados precedentes.

«En efecto, ¿quién habia de procurar reunir riquezas que solo servian para escitar la codicia de los ladrones? ¿A qué cultivar la

(1) Don Gaspar Melchor de Jovellanos: Informe sobre el expediente de ley agraria.

(2) Don José Caveda: Memoria sobre la esposicion pública de la industria española en 1850.

(1) Williams Prescott: Historia del reinado de los Reyes Católicos.



tierra cuando era seguro que los frutos habian de ser arrebatados aun antes del tiempo de su recoleccion en alguna vandálica correría? Las frecuentes escaseces y pestes que ocurrieron en la última parte del reinado de Enrique y principio del de sus sucesores, manifestaron bien claramente el abatido estado de los pueblos y la absoluta ausencia de todas las artes útiles.»

Hemos creído deber escudarnos con estas tres notables autoridades, dos nacionales y una extranjera, copiando literalmente sus expresiones, antes de aventurarnos á manifestar que no estaba, por la sencilla razon de que no podia estarlo, tan floreciente la industria, así agrícola como fabril y comercial, no solo antes de los Reyes Católicos, sino tambien durante su reinado, como comunmente se ha creído. En efecto, todas las clases de estorbos políticos, morales y físicos, que siempre han debido oponerse al adelanto y perfección de la agricultura, y que fueron tan copiosa y sabiamente espuestos en el famoso *Informe sobre el expediente de ley agraria*, ¿no existían tambien y se oponían con toda su fuerza á los progresos de la agricultura en el siglo de los Reyes Católicos?

Las muchas leyes dadas para mejorarla y que se contradecían y mas bien la empeoraban; los inmensos baldíos; las tierras concejiles muchas y comunmente aprovechadas; la abertura de las heredades con leyes que prohibían el cerramiento de las tierras, y dos de las cuales fueron promulgadas por los mismos Reyes Católicos en 1490 y 1491; la proteccion parcial de varios ramos del cultivo con perjuicio notable de otros que no se protegían igualmente; la amortizacion eclesiástica con las grandes riquezas y propiedades del clero secular y regular, y la muchedumbre de uno y otro tan considerable; la amortizacion civil y mayorazgos, grandes y pequeños, con la ley de Toro que fomentaba indefinidamente las vinculaciones, que fue llamada á boca llena por los jurisconsultos injusta y bárbara, y que se promulgó en tiempo de los mismos Reyes Católicos; la suma dificultad de la circulacion de los productos de la tierra tanto para el comercio interior con tasas, posturas y otras trabas, que eran innumerables, como exterior con las leyes prohibitivas ó restrictivas de la estraccion de frutos, de primeras materias, de granos y harinas; la carga de las muchas contribuciones que pesaban sobre la agricultura; la poca estimacion que hacían de ella tanto el gobierno como los particulares, atendiendo mas al comercio, á la industria y demás profesiones del Estado; la ignorancia de los propietarios y labradores; la escasez y mala calidad de estos; la falta de riego y de comunicaciones así por tierra como por agua, como tambien de puntos de comercio por donde estrair fácilmente los productos de la tierra, tales eran entonces los graves impedimentos que se oponían mas ó menos inmediatamente á la prosperidad de la agricultura española.

Y para mayor prueba de esta misma dificultad de medrar la agricultura, añadiremos solamente que tambien entonces el terreno de España era cortado por cordilleras áridas é inhabitadas, puertos y montes enriscados que dificultaban los tránsitos y por lomas y elevadas mesetas que no admitían riego, siendo con frecuencia los terrenos agrícolas llenos de desigualdades naturales y asperezas en su superficie, y á veces en extremo irregulares y quebrados que habian de impedir ó dificultar las buenas labores rurales; que no tenía España buenos caminos, ni canales, ni rios navegables que facilitasen las comunicaciones y pudiesen en contacto los centros productores con los de consumo; que sus rios eran impetuosos como ahora, con álveos profundos y orillas ásperas y sobrado elevadas, cuyas circunstancias hacen, ó demasíadamente costoso, ó en pocos casos posible el aprovechamiento de sus aguas; que había una escasez de estas en muchos territorios, como sucede ahora, con imposibilidad no pocas veces de procurarlas, aun á cos-

ta de los mayores sacrificios; que tenía la poblacion agrupada generalmente en villas y ciudades, situadas á largas distancias unas de otras, y no diseminadas en caseríos rurales, como conviene al cultivo; en fin, que las leyes agrarias y el sistema de arbitrios y contribuciones eran poco benéficos y favorables á la misma agricultura.

¿No manifestaban tambien un estado poco floreciente de cultivo y aun de poblacion rural el establecimiento de fueros de la Santa Hermandad destinada á hacer justicia en los yermos; la pastoría reglamentada de la Mesta, sus fueros y los de la Cabaña Real, y hasta las leyes y ordenanzas de la pastoría de ovejas y su granjería, muy estendida antiguamente, y que necesitaba monte y maleza? Maleza y monte bravo parecia ser mas bien el reino y no un país cultivado y habitado de hombres civiles, si atendemos á los libros de montería que nos han quedado, especialmente el del rey don Alfonso XI, donde se cuentan muchos y aun comunes y estensos montes y cazaderos de osos y jabalíes en las provincias de la corona de Castilla, y son por lo tanto un argumento de escasear mucho la labranza.

Así no debe extrañarse que el célebre Alonso de Herrera, que escribió su *Tratado de agricultura* al fallecer el Rey Católico, y pudo observar bien, á lo menos, los últimos años de su reinado, se lamentase del atraso y decadencia de la agricultura española.

(Se continuará.)

FLORENCIO JANER.

## CÁNTABROS Y ROMANOS.

### BALADAS VASCONGADAS.

¿Ves aquel viajero que con el morralito al hombro, sube difícilmente esas empinadas crestas?

Es un extranjero. Niéganse sus pies á andar, el sudor corre por su frente, y la fatiga estraña al vascongado, retrátase en su semblante.

Es un extranjero. Vedle cual se detiene y apaga su sed en aquel cristalino arroyuelo que brota de una peña y serpentea por la montaña. El euskaro (1) sufre la sed, ese es un extranjero.

¿Será un romano acaso?—Pero ya llega, y voy á hablarle.

—Díme, extranjero ¿á qué pueblo perteneces, tú que te atreves á pasar la frontera?

—Romano soy, euskalduna (2). Llegó hasta Italia la fama de nuestros hechos, y vengo á visitar vuestro noble país, que tales héroes produce.

—Estranjero ven. Mullida cama te prepara mi esposa y cena frugal mis hijas... Pero hé aquí que oigo nuestro grito de guerra.

¿Serán quizá los romanos que pretenden subyugarnos? ¿O serán los galos, ávidos de botín y de sangre?

¿Serán tal vez los bárbaros del Norte? Sean quienes fueren, la cruz (3) abatirá á Freninsul, la cruz vencerá á los falsos dioses (4) de los romanos, la cruz triunfará de la barbarie.

—Sí; lo creo cántabro. Vuestras legiones asombrarán al mundo. Anibal con vuestro auxilio venció á Roma, vosotros no necesitáis de su alianza para vencerla.

—Mira, extranjero. Aquel vascongado que llega á la cumbre, á la cabeza de nuestros hijos y de nuestros hermanos, ese es nuestro caudillo. Escucha, romano, pues va á hablar.

—Euskaros, dice el caudillo, las huestes de Octavio, llamado Augusto, han pasado la frontera. Ellos cubren su cuerpo con hierro para que nuestras armas no los hieran; ¡co-

bardes! nosotros les presentaremos desnudo nuestros pechos. La victoria no es dudosa, hijos de Tubal. La libertad vencerá á la tiranía, la cruz triunfará de la idolatría. El montañés ibero vencerá al gastado romano. Ellos visten de oro, nosotros de pieles. En nuestros montes no hay mas que hierro. El hierro simboliza la fuerza y la sobriedad. El oro representa los placeres, el lujo y la sensualidad; el oro compra traidores, el oro fomenta la falsedad, la cobardía y la perfidia. Los venceremos é irán á ocultar su vergüenza en el país de los latinos y en la sensual ciudad de las siete colinas. Vendrá el Mesías, morirá, pasarán los siglos, pasará el pueblo romano como pasó el cartaginés, nacerán nuevos pueblos y pasarán tambien, pero el nuestro vivirá hasta la consumacion de los siglos. ¿Veis aquellas numerosas legiones? Pues son las huestes del que reina en Roma. Destruyanos, hermanos, esas huestes que pretenden esclavizarnos, esas miserables huestes que se han atrevido á pasar la frontera. Lancemos nuestro grito de guerra y precipitémonos sobre ellos, euskaros. Nobleza y valor, virtud y fraternidad, vascongados, y muera el pueblo romano que pretende esclavizarnos.

Y reparando en el romano continúa el caudillo.

—¿Qué haces en nuestras montañas, extranjero?

Híncase el romano de rodillas y canta:

—Cántabro caudillo; la voz de la fama llegó hasta Roma, y admirado y enternecido he volado á veros con tanto respeto como los galos se acercan al altar de Irminsul.

—Bien, romano, la hospitalidad es un deber. Cumple con el tuyo, yendo á engrosar las huestes de Octavio, ó quédate en nuestras montañas y te consideraremos como hermano. Levántate, extranjero, y sálvete la cruz.

—Me quedo. Los días que viva sobre la tierra cantaré himnos en vuestra alabanza y rogaré á los dioses por vuestra dicha.

—Euskaldunak, sigue el caudillo; hé aquí que el enemigo avanza; hé aquí que se adelantan las huestes del tirano. Sí, del tirano, puesto que Octavio se dice ser superior á todos, siendo así que todos los hombres son hermanos. ¿Verdad vascongados que la base de nuestras venerandas instituciones es el amor que mutuamente nos profesamos?

Un «bay» (1) atronador conmueve las montañas y llena de regocijo el corazón del valiente capitán.

Y entre tanto las huestes del tirano avanzan y llegan ya á la base de la montaña.

—Cántabros, esclama el jefe de los romanos, os ruego en nombre del gran Octavio Augusto que os entreguéis á mí sin condiciones y forméis parte del imperio romano.

—Nunca, responde el caudillo euskaro, nunca serás escuchado. Mas sal de esta libre tierra y dí al tirano, que no somos gastados romanos, sino sóbrios montañeses.

—No espereis que nos marchemos sin antes sujetaros al dominio de Augusto. Romanos, adelante, y viva Octavio.

—Euskaros, adelante, y mueran los romanos. Y los vascongados se precipitan sobre los romanos de lo alto de la montaña sembrando la muerte por do quiera que pasan.

Y su grito de guerra ensordece á los romanos y estremece las montañas.

Los aceros que se chocan, los gritos que se repiten, el alarido de los romanos, el ruido de las peñas que ruedan por la montaña, impulsadas por los euskaros, forman un ruido confuso, indefinible, que á lo lejos parece el bramido del mar ó el estampido del trueno.

Pero ¡oh vergüenza! ¡los romanos huyen aterrados!

Y los vascongados no abandonan su presa; los siguen, atraviesan valles, salvan precipicios, trepan montañas...

Veloces van como una saeta, como una exhalacion, como el viento del desierto...

(1) «Bay» sí.

(1) «Euskaro» vascongado.

(2) «Euskalduna» vascongado. El plural se forma agregando la k (euskaldunak).

(3) Sabido es que los cántabros adoraban la cruz desde los tiempos mas remotos y se gloraban de morir en ella.

(4) Los cántabros adoraban al verdadero Dios con el nombre de Jaungoicoa (señor de lo alto).



Terribles como el destino, fuertes como el hierro de sus montañas, siembran de cadáveres el camino...

Y los romanos corren, corren, corren...

Huyen como la zorra á su cueva ó como el conejo á su madriguera...

Algunos ¡bien pocos! salvan la frontera y van á contar á Octavio su derrota. Llegados ante éste, dice un romano de este modo:

—«Augusto emperador: tú enviaste tus legiones para sujetar á los indómitos cántabros.

Pero los dioses nos han olvidado, el euskaros nos ha vencido.

¡Terrible ha sido el encuentro, señor! ¡oh! los euskaros son infalibles como las palabras de los dioses.

¡Cada golpe suyo convierte á un hombre en un cadáver!

¡Terrible es el euskaros! ¡Noble y terrible!

Precipítanse de lo alto de las montañas, y nada respetan á su paso. Jamás fulminó Júpiter semejantes rayos. Tan pronto se los ve en una elevada cima ó en el fondo de un precipicio; pero llevando consigo la muerte y el terror.

¡Oh, gran emperador! tú que sujetaste tan grandes pueblos jamás sujetarás ese.

No envíes mas legiones; pues será en vano.»

Octavio Augusto baja los ojos y sus mejillas enrojece la vergüenza.

—Grande es ese pueblo, esclama: pero exageras algo. Sin embargo, intentaré el último medio, y quieran los dioses ayudarme. Vé y dí á los euskaros:

—«Vosotros nos venceis aquí, ayudados de vuestras montañas y de vuestro conocimiento del terreno. ¿Pero os atreveríais á resistiros en una llanura?»

...¡Oh genio euskaros! ¿podrías tú decirme qué han contestado los euskaros á la proposición de Augusto?

—Sí puedo decírtelo. Hé aquí la contestación del pueblo euskaros por boca de su caudillo:

—«Romano, dí á tu rey que estamos dispuestos á venceros en las montañas y en las llanuras, en nuestro país y en el vuestro. Arme tu emperador trescientos caballeros de los mas fuertes de su imperio, y espérennos en Roma. Nosotros mandaremos trescientos euskaros. Si vencemos, déjenos tranquilos Octavio, y si venceis, sea en buenhora nuestro emperador y nosotros sus esclavos.»

Los euskaros se hallan ya frente á frente con los romanos, y solo esperan la señal de Augusto.

¡Oh, cuántos romanos acuden á ver el combate! ¡Cuántos al ver los nobles rostros de los cántabros les desean la victoria!

El romano teme, tiembla...

El euskaros, seguro de su triunfo se sonríe con calma...

Por fin da el emperador la señal.

Al choque tiembla Roma, y parece que la ciudad se viene abajo.

El orgullo da fuerzas al romano; pero el terrible euskaros diezma sus filas.

¡Atroz es el combate! Horribles blasfemias lanzan los moribundos romanos, y victoriosos sauos (1) los irresistibles cántabros.

La ansiedad de los espectadores terminó por fin.

Los cántabros han vencido. Vuélvense hacia Augusto y le miran con sus nobles ojos.

Los espectadores lanzan en coro un grito de admiración y de entusiasmo.

Pero callan; pues Octavio habla:

—Vascongados, dice, dichoso el Dios que tales hombres adoran, dichoso el emperador que tenga tales soldados. Todos sois nobles en vuestro país, todos magnánimos, todos caballeros. ¿Verdad, romanos?

Los espectadores se deshacen en alabanzas, abrazan á los euskaros, besan sus vestidos, los adoran...

(1) «Sausos» palabra castellana. La verdadera es «santosa» y significa «gritos de alegría».

Las mujeres se arrodillan ante ellos, les declaran su amor, les besan los pies, tiemblan á su contacto.

Diz que algun tiempo despues de este acontecimiento, los euskaros de los valles y de las montañas cantaban de este modo:

«Honor á Dios porque abatió al romano y dió la victoria al vascongado.

»Suba á su trono nuestra súplica, y dignese por siempre mantenernos libres.

»Cuando venga el extranjero, el cielo encolerizado fulminará rayos contra él, y nosotros saliendo de nuestras moradas llevaremos sobre sus huestes el terror y el estérmino.

»Nuestra raza se perpetuará, porque esperamos en el que ha de venir y ha de morir en una cruz.

»Y hé aquí que el tiempo se acerca. Hé aquí que la paz es total sobre la tierra, y que las predicciones se están cumpliendo.

»Esperemos en el niño Dios, que nos traerá una nueva era de paz y ventura y perpetuará nuestro pueblo.

»Porque él es el poder infinito y la sabiduría infinita, y la misericordia infinita.

»Bendigámosle, porque derrama á manos llenas sus beneficios.

»Y porque ama igualmente á todos sus hijos.

»Y porque es manso, y sobre todo misericordioso.

»Bendigámosle, y confiemos en que oirá nuestras plegarias y asegurará nuestra independencia.»

Y diz que por entonces nació el niño Dios en la ciudad de Bethelen.

Las sombras se disiparon, la redención iluminó al mundo.

VICENTE C. DE ARANA Y ARANA.

#### ARQUITECTURA MUSULMANA EN EGIPTO.

La conquista del Egipto por los musulmanes árabes, introdujo en este país un nuevo estilo arquitectónico, con especialidad en los edificios consagrados al culto.

En el antiguo Cairo todavía existe la primera mezquita construida por los árabes y de orden de Amrou, el año 21 de la Egira y 643 de Jesucristo, y que puede considerarse como el prototipo de la primitiva, edificada con arreglo al plan de la Meca.

Su forma presenta un gran patio cuadrangular, rodeado de una especie de muro, y en cuyo centro una doble serie de columnas que sostienen el techo, figuran galerías cubiertas, donde al abrigo del sol y de la inclemencia pueden los asistentes escuchar las preces y discursos de sus doctores. En el centro de ese gran patio suele elevarse la fuente purificadora ó de las abluciones, coronada de una brillante cúpula, ordinariamente de mármol estucado.

Pero la mezquita propiamente dicha, modificadas sus primitivas formas, es una gran pieza subdividida en varios claustros paralelos por medio de espesas columnatas: la parte que mira hacia la Meca constituye uno de los flancos menores del edificio, y en el centro de este departamento mismo elévase una capilla ó *mihrab*, rematada por una cupulina aérea, inclinada ligeramente hacia la Kaaba. Allí, en aquel santuario consérvase el depósito de las copias del Koran.

Junto al *mihrab* se alza comunmente el *meuber* ó cátedra y las diferentes tribunas, encadenadas á veces, con destino á los sacerdotes ó imanes, más ó menos recargadas de adornos de hierro de diversos gustos y formas.

Hay tambien otra especie de mezquitas, como la de Hassan, en el Cairo, y que guardan cierta semejanza con las mas modernas. Su forma es un grande y elevado edificio, en cuyo centro desplégase una estensa nave, y en

ella álzase el santuario sobre un gran pórtico ojival. Por fin, Mehemet-Alí durante su reinato construyó en el Cairo una mezquita, la única que hasta aquella fecha se conocía bajo el plano de las de Constantinopla.

Respecto á los ornamentos y decorados arquitectónicos, tales como arabescos, florones, esculturas, inscripciones, cupulinas estalactíticas, molduras y alicatados, artísticamente combinados con los materiales, siempre ricos, como el mármol, estuco y alabastro, empleados en la construcción de los edificios antiguos, poco difieren del carácter genérico que ofrecen los templos y santuarios árabes, marcados con ese sello oriental que por doquier forman su verdadero tipo pronunciado, siendo de notar además en Egipto la disposición en cierto modo original, ó mejor dicho, escepcional, de los minaretes que se alzan en forma de esbeltas torrecillas, sutiles como airoas agujas piramidales, cilíndricas ó poligonas, divididas en varias zonas simétricamente trazadas.

De trecho en trecho tambien lucen vistosos balcones, ó galerías aéreas primorosamente ejecutadas, ostentando al través de sus enverjados con persianas pintadas de encarnado ó verde, bonitos nichos con ajimeces laterales sobre puntos salientes del cornisamento, que suele rodear sus prescinciones magníficas. Una pequeña cúpula, en fin, corona los minaretes que se elevan ordinariamente en los ángulos de la nave ó harem, junto á la puerta ó vestíbulo de ingreso. El gusto de su construcción rica, original y elegante, parece haberse importado de Constantinopla, cuyos minaretes han solido compararse con alguna propiedad á un candelabro cubierto con un apagador.

Por último, haremos mencion de esa forma ojival que se nota en las arcadas de la mayor parte de las antiguas mezquitas del Cairo, tales como las de Amrou, El-Azhar, Barkouk y otras, siendo de notar que á escepcion de dos de ellas, todas son aplanadas, figurando unánimemente en los monumentos fúnebres las cúpulas, y siendo por punto general las antiguas, simples y hemisféricas. Las oblongas con ornamentación corresponden á una época mas moderna, presentando algunas de ellas una ligera estrechez ó estrangulación en su base, y siendo las mas notables de este género las que aun hoy dia se ven en los cementerios de Kait-Bey, Iman Chafei y del Cairo.

De los otros monumentos, como fuentes, baños, etc., nos ocuparemos con la debida estension en otro artículo.

T. DE JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

#### PINTURAS DE LA ALHAMBRA.

A pesar de prohibir la religion mahometana la representación de figuras, hay en la Alhambra tres recintos con raras y caprichosas figuras en sus techos ovalados.

El del centro está barnizado con fondo de oro y salpicado de estrellas: en los extremos se representan dos escudos de armas con campo encarnado y atravesado de faja dorada; y en el centro se ven en círculo diez moros sentados sobre almohadones á la usanza oriental, con barba crecida, la cabeza envuelta en capuces, y una de sus manos apoyada en el alfanje. Segun fidedignos historiadores y una tradicion constante en Granada, donde se ha llamado á esta sala *la de los retratos*, se conjetura que se representan en ella los diez reyes fundadores de la Alhambra; son otros de opinion diversa, y afirman que siendo esta la sala de la audiencia, aparece en ella el *Mexuar*, ó consejo del soberano.

Los dos techos de los recintos colaterales parecen relativos á historias fantásticas de desafíos, entre caballeros andantes, cautiverios de princesas encantadas y amoríos contrariados por la influencia de mágicos y astrólogos; narraciones que recreaban la imaginación de los árabes.





Pinturas árabes de la Alhambra.

**LOS ULTIMOS MOMENTOS**

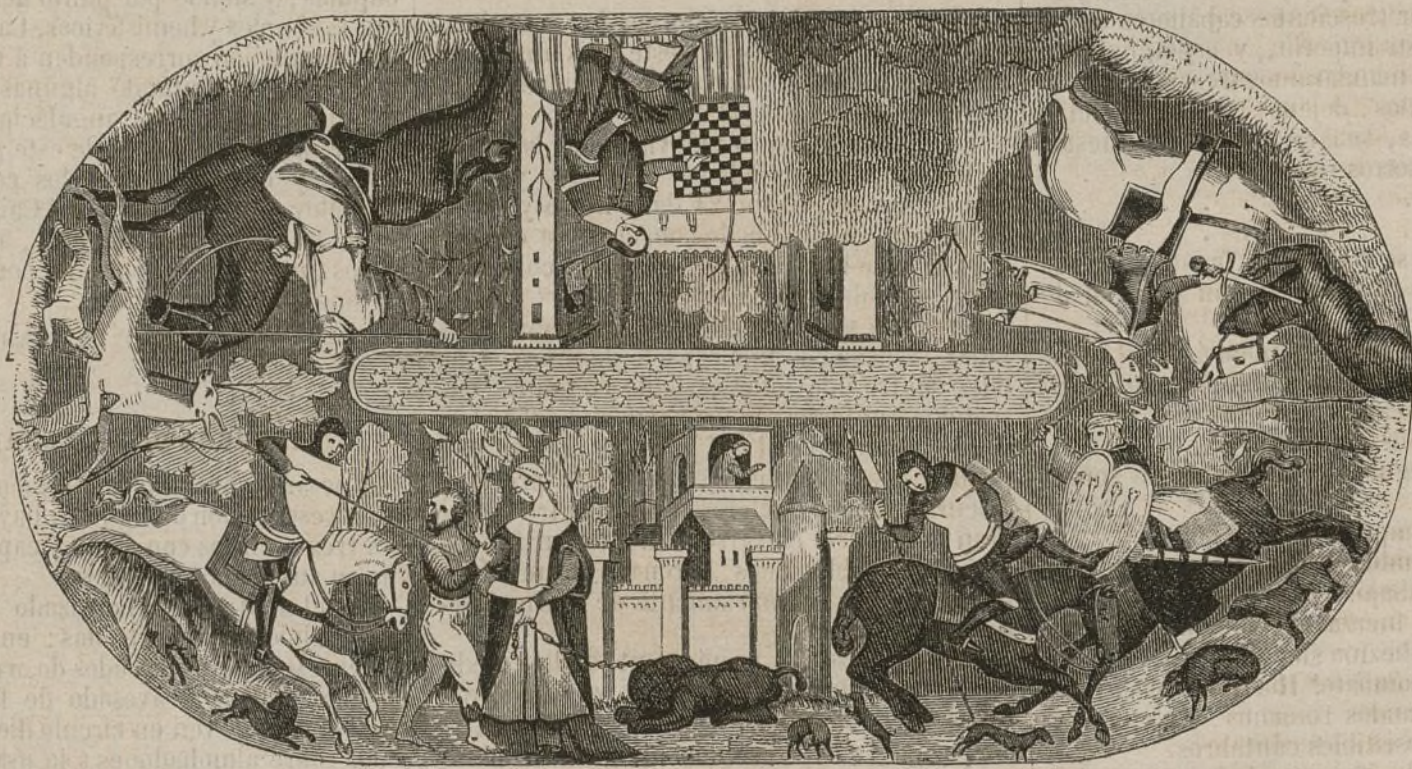
DE DON JUAN DE AUSTRIA.

Creemos que nuestros suscritores leerán con gusto los siguientes documentos que ponen de manifiesto, sin género de duda, que el famoso príncipe don Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, murió envenenado y no de muerte natural, como suponen algunos historiadores.

El doctor Ramirez, que le asistió en su en-

fermedad, escribió al rey en los términos siguientes: «Señor.—Martes 16 de setiembre de 1578; á las ocho de la noche el serenísimo señor don Juan de Austria sintió una calentura lenta, la cual perseveró así hasta el miércoles siguiente á la misma hora, en la cual comenzó á crecer notablemente, y de allí adelante hasta el quinto día fue creciendo paulatinamente; veníanle de cuando en cuando unos saltos de corazón que le hacían levantar el cuerpo de la cama; al fin del segundo día comenzaron unos temblores de brazos, manos,

lengua, y casi todo el cuerpo, juntamente con movimientos convulsivos de ojos y cabeza, que casi se parecían á parosismos epilépticos, y hacia visajes con la boca, que se le había puesto negra; la lengua comenzó á ponerse tan seca y toda la boca, que con ninguna cosa se podía humedecer, y la garganta tan sentida que no se le podía hacer tomar nada que no fuese líquido. Todos estos accidentes perseveraron hasta el oncenno día; el sétimo aparecieron algunas manchas como de tabardillo; al nono mas, y al oncenno tantas, que



Pinturas árabes de la Alhambra.

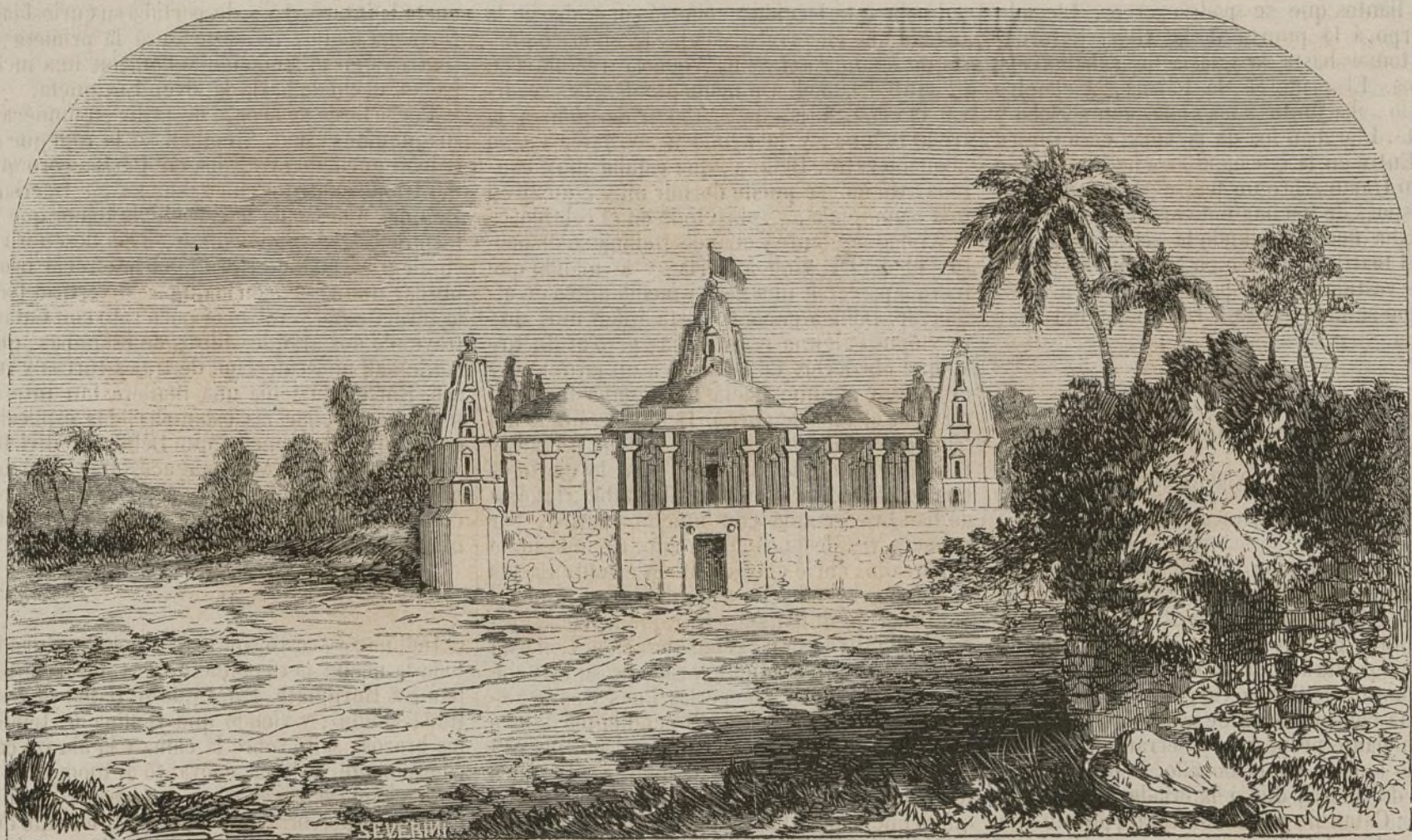
un dedo no se le podía poner sin topar en mancha; y al duodécimo tenía tantas que parecía una plasta, y entre ellas algunas lívidas y otras muy coloradas, que tenían en medio unas puntas negras y ásperas. Y habiendo perseverado los demás accidentes sobredichos, cerca del ano del oncenno día le comenzó á atacar un horrendo sueño de que no se le podía despertar, y con tantos visajes y movimientos convulsivos que parecían que rababan. En esta tierra muere.

dillos, pero ninguno con tantos accidentes, de modo que fue el negocio de tal calidad que nos puso á los médicos en alguna sospecha, no le hubiesen dado algo, aunque no nos determinamos á afirmarlo.»

El mismo doctor Ramirez á 3 de octubre de 1578, dice al rey entre otras cosas. «Por falta de materiales no se pudo abrir el cuerpo hasta veinte y cuatro horas despues de muerto, y cuando entramos á tratarlo de hacer no se podía sufrir el mal olor del aposento. Desde los hombros hasta los muslos en longitud, y des-

de la pina hasta junto las tetillas y mitad de las costillas estaba negro, y á los cabos de lo negro verde y azul, y desde los hombros á los codos estaban tambien los brazos negros y verdes, y detrás de las orejas y en el cuello y lo demás de los brazos y en los pies, lleno de manchas azules. Sajadas estas partes, estaba la carne del mismo color y sin ninguna consistencia, antes parecía engrudo negro, y no salía humedad ninguna de ella, lo cual suele salir en otros cuerpos. Despues de abierto vimos todo lo interior, como son tripas, pulmones é hí-





Templo de Kairah.

gado y las demás partes, negras y verdes, y manchadas de azul y rojo, y en llegando á tirar de una parte, así se deshacía de otra como si fuese borra, sin tener ninguna consistencia ni liga, y el corazón casi no tenía sangre ni otra humedad, antes estaba muy pequeño y arrugado, como si fuese un trapo mojado. El cerebro y telas en que se envuelve, estaba tan seco todo, que parecía haberlo limpiado aposta de toda humedad y sangre, y también de color azul. Y es de advertir, que los que mueren de tabardillo, especialmente con pasiones de cabeza, como es delirio y sueño profundo (como se ha visto en anatomías), suelen tener en el corazón y cerebro mucha mas sangre, y en toda la capacidad de la cabeza y entre las telas mucha humedad que parece suero, y en este bendito cuerpo no se halló ninguna. La anatomía se hizo á presencia de otros médicos, los cuales también se admiraron del excesivo olor y dijeron que solo habían visto otra cosa igual en algunos cuerpos que habían muerto de veneno.

Para corroborar las sospechas de este envenenamiento, basta leer lo que en 5 de diciembre de 1578 escribía al rey Alejandro Farnesio, sucesor de don Juan en el gobierno de los Países-Bajos. Decía, pues, que á consecuencia del proceso que se fulminó en averiguación de la sospecha que se tenía de que dos ingleses que se hallaban presos en el castillo de Namur, habían venido de Inglaterra con solo el objeto de asesinar á don Juan, resultaron convictos y confesos y en su consecuencia había mandado hacer justicia de ellos,



Don Felipe V, monarca de España.

Las exequias que se hicieron á don Juan, muestran el gran aprecio que hacían de él sus soldados. Gonzalo Vallejo, de su servidumbre, escribe á Antonio Perez desde Namur á 7 de octubre de 1578. «Murió á 1.º de octubre presente á las dos de la tarde. Antes que perdiese el juicio, llamó al príncipe de Parma, y en presencia de los del consejo y maeses de campo, le encomendó el gobierno de este ejército, hasta que S. M. otra cosa ordenase, y pidió á los presentes le tuviesen en el lugar de su misma persona. Fue depositado á los 3 de octubre en la iglesia catedral desta villa de Namur, cumpliéndose con lo que los Estados de Flandes han dicho siempre llamándole Juan de Namur. Se puso de manera que cada y cuando que la voluntad de S. M. fuese, se pueda llevar á otra parte: y pluguiese á Dios que mandase que le llevásemos sus criados aunque fuesen á costas. Su muerte fue en el fuerte, á una media legua de esta villa. Salió á las tres de la tarde, sacándole caballero sobre unas andas cubiertas de tela de oro. Vestido galan y armado, y sobre las armas el collar del toison, en la cabeza un bonete de raso carmesí y encima una corona de tela de oro, toda cubierta de perlas y diamantes, y las manos puestas con sus sortijas. Acompañábale toda la clerecía y frailes y tres obispos. En saliendo de casa le tomaron en hombros á trechos los soldados. Llevóse por todos los cuarteles de los españoles y alemanes, y en llegando á cada cuartel le tomaban los capitanes y así lo hicieron los alemanes y los raitres con las mayores lágrima-



mas y llantos que se podría creer. Llegado el cuerpo á la puerta de la villa, le tornaron á tomar hasta la iglesia los caballeros y soldados. El príncipe de Parma, Alejandro Farnesio, iba junto á las andas con su loba y capirote. Lloraban los de la villa, cosa nunca vista. Entró en la iglesia al anochecer. Púsose como lo traían sobre un teatro para que le viesen despues de hechas ó dichas las oraciones, y á media noche, cuando la gente se fué, se bajó del teatro y se puso en su ataúd de plomo con los vestidos y su espada, y luego en la bóveda que se hizo junto á las gradas del altar mayor.»

### CUENTOS MORALES.

DELFINA Ó LA CURA FELIZ.

(CONTINUACION.)

A la voz de su ama acudió Catau. Madama Steinhausse salió del establo, y hé ahí á Delfina sola con Catau, una criada alemana, muy gorda, muy grande y muy robusta, que no sabía una palabra de francés.

En cuanto Delfina la vió, se precipitó hácia la puerta con intencion de salir: Catau se opuso á semejante propósito, y cerrando la puerta se metió la llave en el bolsillo. Delfina, arrebatada de cólera, dijo á la criada que le diera la llave; Catau no podía contestar, puesto que no entendia el francés; mas se sonrió al ver la terquedad de Delfina, y despues de haber mirado un rato aquella cara tan ridícula como cómica, se sentó tranquilamente y se puso á hacer media. Tanta calma aumentó la rabia de Delfina; el rostro inflamado, los ojos chispeantes, se acercó á la criada y le dijo mil injurias. Catau sorprendida levantó la cabeza, encogió los hombros y continuó su trabajo. Ese aire de desprecio irritó hasta no mas á la orgullosa Delfina; furiosa, fuera de sí, no hallaba palabras que pudieran expresar lo que sentia; estaba de pie junto á la criada; ésta, los ojos fijos en su trabajo, no la veía. Delfina, no sabiendo ya lo que se hacia, se retiró un poco hácia atrás, levantó el brazo, y dió un gran bofetón en la cara fresca y redonda de Catau. Al sentirse atacada tan de improviso, Catau se conmovió un poco, mas tomando su partido al momento, se desató una liga, cogió á Delfina y le sujetó las manos detrás de las espaldas. Por mas que Delfina gritó y forcejeó, fue sujeta de manera que no podía hacer uso de sus manos. Entonces principió á comprender que no es razonable rebelarse contra la necesidad; lleno de rabia el corazón, dejó de gritar y se sentó en una silla, esperando con impaciencia que volviera Mad. Steinhausse, y prometiéndose que ésta consentiría que se alejara la silenciosa y flegmática Catau.

Por fin vino Mad. Steinhausse, llevando de la mano á la niña mas bonita del mundo: era su hija Enriqueta, de doce años de edad. Al ver Delfina entrar á Mad. Steinhausse, fué á su encuentro, y enseñándole las manos, se quejó amargamente, de lo que ella llamaba la insolencia de Catau; mas no habló ni una palabra del bofetón. Mad. Steinhausse se volvió hácia la criada y la interrogó. Catau, con gran sorpresa de Delfina, contestó en alemán justificándose en dos palabras. Entonces madama Steinhausse, dirigiéndose á Delfina, le echó en cara su arrebató y su ira.—«En fin, señorita, mirad á lo que nos esponen la altivez y la violencia. Habelis abusado indignamente de la especie de superioridad que os da vuestra clase sobre esta muchacha, y la habelis obligado á faltar á la consideracion que os debe. Si quereis que vuestros inferiores no se aparten nunca del respeto que teneis derecho de exigirles, tratadlos siempre con dulzura y con humanidad.»

Mientras decia estas palabras, Mad. Steinhausse, desataba las manos de Delfina, que escuchaba con sorpresa un lenguaje tan nuevo para ella. Mas bien bumillada que conmo-

vida por esta leccion, conoció sin embargo la verdad que encerraba. Mad. Steinhausse presentó su hija á Delfina, que la recibió con bastante frialdad. Un momento despues se sirvió la cena. A las diez, Catau desnudó á la triste Delfina, y la ayudó á acostarse en su pequeño catre. Delfina, que estaba muy cansada, vió que se puede dormir muy á gusto en una cama mala, y sobre todo en el establo.

Al dia siguiente, cuando Delfina se despertó, el doctor vino á verla, y le mandó que fuera á pasearse una hora y media antes de almorzar. Delfina encontró esta orden muy dura y opuso alguna resistencia, pero al fin tuvo que obedecer. La llevaron á un jardín muy grande, y aunque hacia un tiempo hermoso (era por el mes de abril). Delfina se quejó del frío, del viento, aseguró que le dolia un pie, y lloró durante todo el paseo; pero lo cierto es que se paseó. La volvieron al establo, muerta de hambre; comió con mucho apetito, por primera vez despues de un año. Cuando hubo almorzado, abrió el cajoncito que contenia sus alhajas, creyendo que ostentando sus riquezas ante Mad. Steinhausse y Enriqueta, conseguiría que le tuvieran mas consideracion. Con esta idea, la orgullosa Delfina sacó de su estuche un hermoso collar de perlas finas y se lo rodeó al cuello. Se puso unos pendientes de esmeraldas, y entre sus cabellos colocó una estrella y una mariposa de diamantes. Despues fué á sentarse con seriedad en frente de Enriqueta que estaba bordando junto á su madre.

Al acercarse Delfina, Enriqueta levantó los ojos, la miró con frialdad y continuó su trabajo. Delfina, sorprendida al ver el poco efecto que producía su adorno, y queriendo llamar la atencion de Enriqueta, le ofreció bombones, presentándole una hermosa caja de cristal de roca, adornada de una hebilla con brillantes. Enriqueta tomó una almendra, sin elogiar la caja. Entonces le preguntó Delfina qué tal le parecia.—«Me parece, dijo Enriqueta, que debe ser muy pesada: una cajita de paja seria mas cómoda.—¿De paja!...—Sí, como la mia, por ejemplo; mirad qué bonita es.—¿Pero sabeis el valor que tiene esta?—¿Qué importa el precio? Lo que importa es la comodidad.—¿Y la belleza del trabajo?—Oh! la vuestra es mas bonita; adornaria muy bien un escaparate; mas para llevarla en el bolsillo, la mia es mejor.—¿De modo que no haceis caso de los objetos bellos?—Ninguno, cuando son incómodos.—¿Os gustan los diamantes?—Me parece que una guirnalda de flores sienta mejor á una niña que un aderezo de diamantes.—Y cuando una ya no es jóven, añadió Mad. Steinhausse, no hay adorno que pueda embellecer.»

Al oír estas palabras, Delfina se puso pensativa. Sentia una especie de tristeza, que nunca habia experimentado. Mad. Steinhausse la imponia lo bastante para obligarla á aguantarse; y no atreviéndose á descubrir su despecho, tomó el partido de callarse.

Al cabo de algunos minutos, Mad. Steinhausse se dirigió á Delfina:—«Puesto que tanto os gustan las cajas, señorita, yo os enseñaré algunas muy bonitas.—Es verdad, dijo Enriqueta, mamá las tiene preciosas, y especialmente unas dendritas...—¿Dendritas? ¿Qué es eso? preguntó Delfina.—Así se llaman, prosiguió Enriqueta, unas piedras, que por un capricho de la naturaleza, tienen señalados ó incrustados algunos vegetales y animales.»

Despues de esta explicacion, Enriqueta dejó de hablar y Delfina volvió á ponerse triste. Por la primera vez en su vida, se hizo algunas reflexiones. «Enriqueta pensaba para sí, no es mas que la hija de un médico, no tiene ni joyas ni diamantes, ni juguetes, siempre está trabajando; ¿por qué, pues, está tan alegre y tan satisfecha? ¿por qué, parece feliz, mientras que yo me fastidio, desque existo?»

Estas reflexiones hacian suspirar á Delfina. Se creía muy desgraciada, pero sin embargo, se aburría mucho menos que en París. La conversacion de Mad. Steinhausse con Enri-

queta la interesaba y despertaba su curiosidad. No podia menos de respetar á la primera, y sentia ya en el fondo de su corazón una inclinacion decidida hácia la jóven Enriqueta.

Por la tarde se acordó de pedir su muñeca y sus juguetes. Mad. Steinhausse le dijo que se habian quedado olvidados en París, pero que dentro de cuatro ó cinco dias se los traerian. Delfina, á pesar de la especie de temor que le inspiraba Mad. Steinhausse, iba á descubrirle su alegría, cuando Enriqueta le ofreció irle á buscar una cosa, con la que se divertiría toda la tarde. Salió y volvió al poco rato con Catau, trayendo dos grandes libros de estampas, que contenian una coleccion de trajes turcos y rusos. Enriqueta tenia una manera tan interesante de enseñar las estampas, las explicaba con tanta inteligencia, que Delfina se divirtió verdaderamente. Antes de acostarse, dió un beso á Mad. Steinhausse y á su hija, diciéndole á ésta. «Confio en que mañana me enseñareis alguna cosa nueva.»

### II.

Delfina se acostó sin mal humor, y durmió toda la noche perfectamente. Al despertarse, llamó á Enriqueta. Esta, que se habia ya vestido, acudió, y viendo que Delfina le tendia los brazos, saltó sobre la cama y la abrazó cariñosamente. Delfina se levantó al momento, y no haciéndose rogar para ir á pasco, cogió á Enriqueta del brazo, y salió alegremente del establo. Cuando llegó al jardín, vió correr á su compañera, y admirando su gracia y su ligereza, quiso tambien correr. Viendo luego Enriqueta una linda mariposa de color de rosa y negra, dijo á Delfina que era menester cogerla. Al momento principió la caza. Las dos niñas se separaron: Enriqueta, como la mas ligera, se adelantó y se propuso cortar el camino á la mariposa, si Delfina la dejaba escapar al acercarse del arbusto sobre el que se habia posado. En efecto, Delfina se adelantó con demasiada viveza: la mariposa huyó al verse perseguida, y despues de mil vueltas, se paró sobre una rama de escaramujo. Delfina, con los brazos levantados, la cabeza baja, se avanzó poco á poco sin meter ruido: por fin, ya casi tocaba las ramas del arbusto: con el corazón palpitante, conteniendo la respiracion, por miedo de mover las hojas, alargó la mano temblando... creyó que iba á apoderarse de su presa; pero ¡ay! la mariposa se escapó, pasando por entre los dedos de Delfina y dejando las huellas de su paso.

Delfina suspiró al ver sobre su mano una parte del polvo que adornaba las alas de la linda mariposa. Cansada, pero sin desanimarse, quiso todavía perseguirla, y entre ella y Enriqueta la llevaron volando hasta una zanja bastante ancha que separaba el jardín de un inmenso huerto, á donde se escapó. Enriqueta atravesó al momento la zanja. Delfina, que no sabia saltar, no pudo seguirla, y mientras se affigia por lo mismo, Enriqueta cogió la mariposa, y volvió dando saltos con su pobre cautiva cogida de las alas, que bregaba en vano por escaparse.

Sobre las nueve, permitió Mad. Steinhausse á las dos niñas que fueran á almorzar al cuarto de Enriqueta. Delfina vió en él algunos objetos completamente nuevos para ella; flores secas puestas debajo de un vaso, conchas del mar, mariposas que formaban cuadros muy bonitos. Enriqueta contestó á las preguntas de Delfina con natural amabilidad: le enseñó todo minuciosamente, y le explicó que las conchas se dividen en tres clases, cuyas tres clases forman en todo veinte y siete familias, que comprenden las diferentes especies de conchas.

Delfina escuchaba á Enriqueta con sorpresa y con curiosidad.—«¿Cuántas cosas sabeis! le dijo.—Todavía no sé nada, contestó Enriqueta, y solo tengo nociones muy confusas y superficiales; pero tengo un vivo deseo de instruirme, y me gusta en extremo leer...—¿Os gusta la lectura? Es extraño.—¿Cómo, extraño! Es un gusto muy general, segun creo.—



Yo creía lo contrario.—¿Queréis que os deje algunos libros?—De muy buena gana, así esperaré á que llegue mi muñeca.—Pues bien, os voy á dar las *Conversaciones de Emilio y el Amigo de los niños*, de Berquin.

Al concluir estas palabras, Enriqueta cogió en su pequeña librería el *Amigo de los niños* y se lo dió á Delfina, que recibió este regalo con bastante indiferencia. Mad. Steinhausse la llevó al poco rato al establo, y dejándola sola con Catau, le dijo que volvería dentro de dos ó tres horas.

Delfina, al verse sola con Catau, y no teniendo ningún juguete, pensó en buscar en el *Amigo de los niños* un remedio contra el fastidio. Abrió el libro con bastante abandono y se puso á leer. En breve la interesó esta ocupacion y llamó su atención: vió con sorpresa que la lectura podía hacer las veces de otras muchas diversiones. Mientras pensaba en este descubrimiento, oyó que llamaban á la puerta del establo. Catau fué á abrir y Delfina vió entrar á una aldeana vieja, guiada por una jóven de quince ó diez y seis años, que le preguntó si era ella la señorita Steinhausse. «No», respondió Delfina; pero pronto va á venir.»

La buena mujer pidió que le permitieran esperar allí á Enriqueta:—«Es absolutamente preciso», añadió, que le hable.»

Delfina advirtió entonces que la pobre aldeana estaba ciega, y le preguntó si venia con intencion de consultar al doctor Steinhausse. —«¡Oh! nunca hubiera venido por mí propia, contestó la pobre vieja; pero la señorita Enriqueta me ha mandado llamar.»

—¿Cómo, pues?

(Se continuará.)

MADAMA DE GENLIS.

#### EL REAL PALACIO DE MADRID.

El real palacio de Madrid fue mandado construir por Felipe V, en 1737, en el sitio mismo que ocupaba otro antiguo convertido en un monton de ruinas á causa de un incendio. Todo el palacio es un cuadrado de 470 pies de línea horizontal y 100 de altura, con salientes en sus ángulos en forma de pabellones, y dos alas aun no concluidas en la fachada principal. Sería sumamente estensa su descripción, por lo que solo describiremos lo principal siguiendo el órden establecido por uno de los mas inteligentes autores que han descrito el alcázar de nuestros reyes.

Desde el plan terreno hasta la imposta del piso principal se levanta un cuerpo sencillo almohadillado que forma el zócalo ó basa del cuerpo superior, hecho de buen granito cárdeno ó piedra berroqueña, y las jambas y cornisas de las ventanas de piedra blanca de Colmenar. Sobre dicho zócalo se eleva el referido cuerpo superior que inclina al órden jónico en muchas de sus partes, y está adornado de medias columnas y pilastras que sostienen la cornisa superior. Las columnas son doce en los resaltes de los ángulos, y cuatro en el medio de cada una de las fachadas, á escepcion de la del Norte, que son ocho; en los intervalos hay pilastras cuyos capiteles se diferencian de los de las columnas, pues los de estas son jónicos, y los de las pilastras dóricos. Todo el edificio está coronado de una balaustrada de piedra que encubre el techo de plomo, sobre la cual estaba colocada en otro tiempo una serie de estatuas de los reyes de España, desde Ataulfo hasta Fernando el VI, y en los resaltes de los ángulos habia otras que representaban varios reyes de Navarra, Portugal, Aragon, Méjico, el Perú y otros soberanos y caciques indios; pero unas y otras se quitaron hace tiempo, y se han colocado varias últimamente en la plaza de Oriente, y en las entradas de Madrid, Toledo, Burgos y otras ciudades.

Todo el edificio tiene seis puertas principales, cinco en la fachada del Sur que es la principal, y una llamada del *Príncipe*, en la fachada

de Oriente. Las otras dos fachadas no tienen puertas. El patio es cuadrado, con 140 pies de área poco mas ó menos, y rodeado de un pórtico abierto de nueve arcos en cada lado. El segundo piso es una galería cerrada de cristales, que da entrada á las habitaciones reales y capilla. Entre los arcos del patio hay cuatro estatuas que representan los emperadores romanos naturales de España, Trajano, Arcadio, Honorio y Teodosio, obras de don Felipe de Castro y don Domingo Olivieri: cuyas estatuas estuvieron antes en donde ahora las columnas debajo del balcon principal. La escalera grande es muy suave, y consiste en un solo tiro hasta la meseta ó descanso que hay á la media altura, volviendo despues otros dos paralelos hasta la puerta de entrada por el salon de guardias: toda la escalera es de mármol manchado de negro; en frente de ella hay una estatua en mármol de Carlos III, y en el descanso intermedio de las balaustradas dos leones de mármol blanco (1). Por último, toda la fábrica de este edificio es de una solidez extraordinaria, por el espesor de sus paredes, por la profundidad de sus cimientos, por la solidez de sus bóvedas, y por el número de sus columnas. Todo es de piedra, y en él no se empleó mas madera que la necesaria para puertas y ventanas, cuya mayor parte es de caoba: el aspecto de este hermoso palacio es imponente, pero carece del agrado que sin duda tendria si se hubiesen llevado á efecto los jardines que se proyectaron.

La descripción interior de esta real casa llenaria por sí sola un gran volumen, si hubiéramos de hacer no mas que la enumeracion de las infinitas preciosidades que contiene; pero hay que sacrificar el placer que de ello nos resultaria en obsequio de la concision; solo se dirá en general que en sus magníficas salas se encierran de cuantos objetos de lujo y buen gusto han producido mas perfectos las manufacturas españolas y extranjeras, teniendo el curioso que detenerse á cada paso á contemplar las primorosas obras del arte. Cuadros de los primeros pintores antiguos y modernos (aunque muchos de los que habia han sido enviados al museo); muebles magníficos, arañas de cristal de roca admirablemente trabajadas; espejos de la fábrica de la Granja de una estension asombrosa; relojes primorosos; colgaduras costosísimas y del mejor gusto; salas cubiertas de mármol, de estuco, una toda de porcelana; todos los caprichos, en fin, que puede inventar la imaginacion, están puestos por obra para hacer este palacio digna morada de sus augustos dueños. Estos adornos varían en ocasiones, y así solamente se hablará de las magníficas pinturas al fresco ejecutadas en las bóvedas de las salas, en lo cual se distingue notablemente este palacio, y que por su mérito artístico y no estar sujetas á tanta variacion, parece oportuno indicar.

La alegoría pintada en la bóveda de la escalera principal, es una de las mejores obras en su género; fue pintada por don Conrado Gialquinto, y representa en su cuerpo principal el triunfo de la religion y de la iglesia, á quienes España, acompañada de sus virtudes características, ofrece sus producciones, trofeos y victorias. Hay además varias medallas de claro oscuro, y otras coloridas con otros adornos, todos alegóricos á la pintura principal. En la sobrepuerta del salon de guardias se representa el triunfo de España sobre el poder sarraceno; y en el corredor llamado *Camón* se ve á Hércules arrancando las columnas, á pesar del poder de Neptuno, aludiendo á los descubrimientos y navegaciones de los españoles.

Principiando por la fachada de Oriente, en la bóveda de la sala primera se representa el Tiempo descubriendo la Verdad, obra ejecutada por don Mariano Maella.

(1) Se ha dicho que al subir Napoleon la escalera de este magnífico palacio dijo, poniendo la mano sobre uno de los leones: *Je la tiens en fin cette Espagne si désirée*. Y añadió volviéndose á su hermano el intruso José: *Mon frère, vous serez mieux logé que moi*.

En el techo de la sala segunda se ve á Apolo premiando los talentos; y en cuatro compartimentos sobre la cornisa, están los Genios de las artes y las ciencias representados con sus atributos. Todo es obra de don Antonio Gonzalez Velazquez.

La tercera sala consta de una pintura principal en que se ha representado la caída de los Gigantes que atentaron contra el Olimpo, y de cuatro cuadros fingidos de claro oscuro, representando fábulas mitológicas. Es obra de don Francisco Bayeu.

En un gabinete interior, pintado por don Mariano Maella, se representa á Juno mandando á Eolo que suelte los vientos contra Eneas.

Sala quinta; representa la apoteosis de Hércules; es obra de Bayeu, acaso la mejor que de este profesor hay en palacio. Tiene además cuatro óvalos en sus extremos que representan la Filosofía, la Pintura, la Música y la Poesía.

La sesta sala tambien es de Bayeu, y representa en el fondo la institucion de las Ordenes de la monarquía española, y en los extremos cuatro bajos relieves representado las cuatro partes del mundo con sus respectivos atributos. Es obra muy digna de atencion.

En la sala sétima se ve á Hércules entre la Virtud y el Vicio. Es obra de las mejores de Maella.

La sala octava (que es la primera de la fachada de Mediodía) representa la apoteosis de Adriano. A los extremos hay cuatro medallas de claro oscuro en representacion de los Elementos. El todo es obra del mismo Maella.

En la sala novena está pintada una alegoría alusiva á la órden del Toison de Oro, que trae su origen de la fábula del Vello de Cinolo. Esta pintura es de don Domingo Tiepolo.

La alegoría de la sala décima es de don Juan Bautista Tiepolo, y representa la grandeza y poder de la monarquía española.

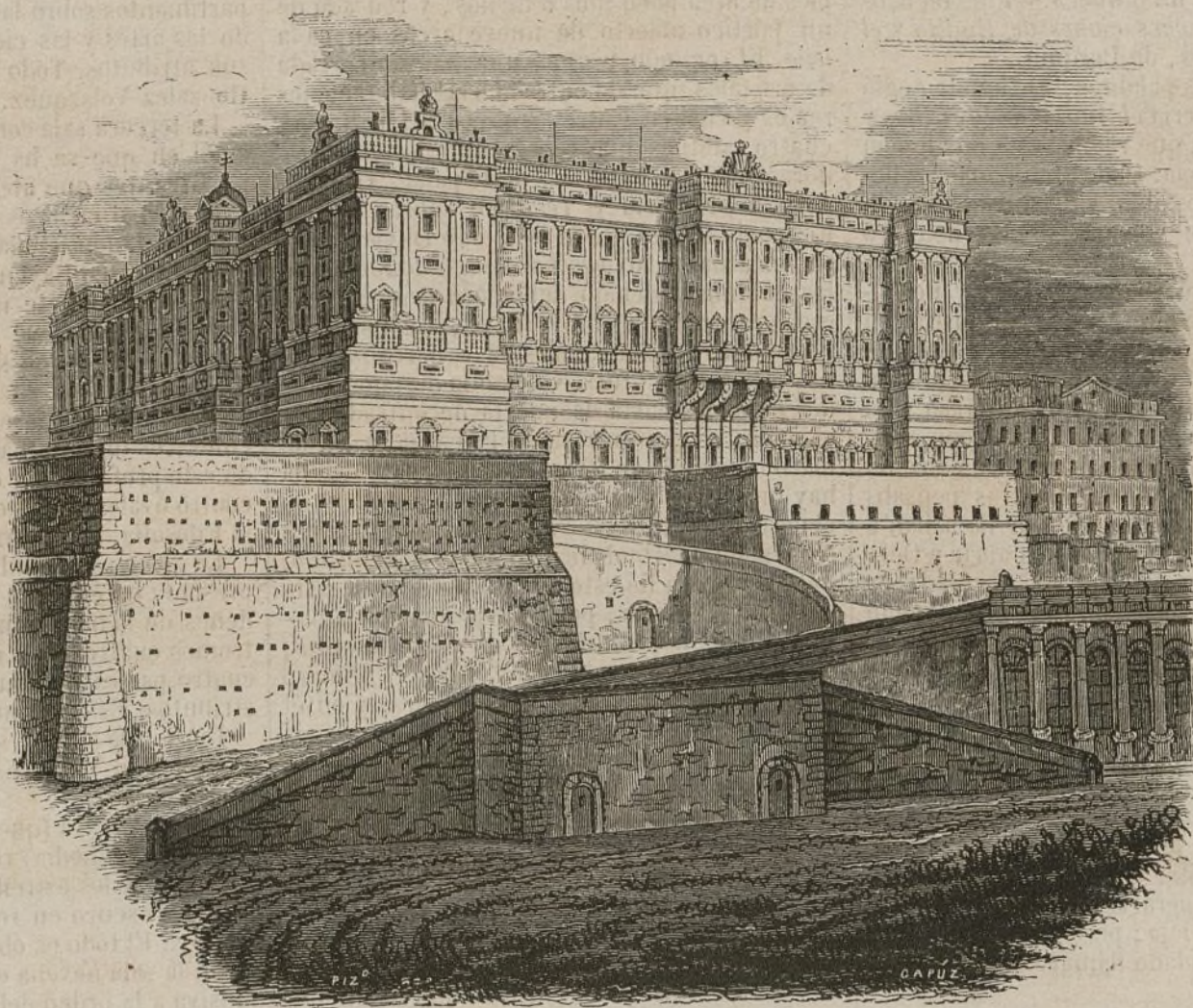
La sala undécima (que es la principal y magnífica, llamada *Salon de Embajadores*) fue pintada por don Juan Bautista Tiepolo, y representa en la parte principal la Majestad de la monarquía española ensalzada por los seres Poéticos, asistida por las Virtudes y rodeada de sus diversos estados. En la misma bóveda, y en la parte mas alta del trono de la monarquía se ve un elogio del gran monarca que entonces le ocupaba, compuesto de diferentes pinturas alegóricas de Virtudes, y en una pirámide está escrita la siguiente inscripcion: *Ardua quæ attollis monumenta et flec-tier obo nestia te celebrant, Carole magnanimum*. En la cornisa representó los diferentes estados y provincias de la monarquía española con los respectivos trajes de sus naturales y las producciones de su suelo, en lo cual lució el pintor su fecunda imaginacion. Finalmente, en los ángulos se ven medallas doradas contenidas en grandes conchas adornadas con festones y cariátides, y sostenida cada una por dos estatuas de estuco en representacion de rios, obra del escultor don Roberto Michel. Toda la pintura es la mas vasta que hay en palacio, y da al salon un aspecto verdaderamente regio. Añádase á esto la riqueza de su colgadura bordada de oro; el magnífico dosel del trono de terciopelo carmesí con fleco de oro, á cuyos pies están dos leones de bronce; la suntuosidad de los espejos, mesas y demás adornos, y la gran estension del salon; y se podrá formar idea de una de las primeras salas regias de Europa.

(Se continuará.)

#### LA LUZ DEL HOGAR.

Un peregrino volvía presuroso á su patria desde tierras lejanas, y su corazón estaba lleno de dulce esperanza. Hacia mucho tiempo que no veía á sus padres ni hermanos, y por eso aceleraba cada vez mas sus pasos. Pero hallándose aun en la montaña, le sorprendió la noche, noche oscura que no le permitía ver el báculo que llevaba en sus manos,





Palacio Real de Madrid.

y cuando bajó de la cumbre y llegó al valle, perdió la senda y vagó de un lado á otro... y estaba muy triste y lloraba. «¡Ah! ¡si encontrase un hombre que me sacase de mi error y me mostrase el camino verdadero, cuánto se lo agradecería mi corazón!» Así dijo y se detuvo esperando quién le guiase.

Mientras el perdido peregrino estaba de este modo lleno de duda y desaliento, hé aquí que ve brillar á lo lejos una luz vacilante, y su reflejo le anima. «Bendita seas, esclama, luz mensajera de la paz. Tú me anuncias la cercanía de seres humanos, tu débil reflejo me parece, en medio de las tinieblas de la noche tan grato como la luz de la aurora.»

Entonces se adelanta con paso resuelto hacia aquella luz que ve brillar en lontananza, y ya cree ver la mano que la conduce. Pero ¡ah! era un fuego fátuo nacido en un pantano, que fluctuaba sobre la superficie tranquila de una laguna. El peregrino caminaba hacia el borde de un precipicio.

Súbito oye una voz que le dice: «¡Detente, ó eres hijo de la muerte!» Se para y mira á su alrededor. Era la voz de un pescador que le llamaba desde su barquilla. «¿Y por qué?—preguntó,—no he de seguir esa luz bienhechora? Soy un viajero y me he extraviado.»—«¡Luz bienhechora! interrumpe el pescador, ¿asi llamas tú al engañoso reflejo que, nacido en un pantano, conduce al hombre á su perdición? Materias subterráneas y malignas engendran en las fétidas lagunas esos vapores nocturnos que toman el brillo de luces esplendentes. ¡Héla allí cómo vacila errante, aborto infame de la noche y de las tinieblas!» Así habló el pescador, y en el mismo instante se desvaneció el engañoso fuego fátuo.

El fuego fátuo se apagó, y el cansado peregrino dió gracias al pescador de todo su corazón porque le había salvado la vida. Pero el

pescador contestó diciendo: «¿Cómo dejará un hombre á otro hombre en el error y no le mostrará el buen camino? A Dios tenemos ambos que dar gracias; yo, porque me ha escogido por instrumento suyo para hacerte este beneficio; tú, porque lo dispuso de modo que yo me hallase en este momento en el lago, dentro de mi barquilla.»

El pescador dejó entonces su barquilla, y acompañó al perdido peregrino hasta que le dejó en el camino que conducía á la casa de sus padres. Este caminó entonces con ánimo resuelto, y pronto vió por entre los árboles brillar á lo lejos la luz de su hogar con resplandor fijo é invariable, lo cual le regocijó doblemente, porque para llegar allí había tenido que luchar con peligros y errores. Llamó, y se abrió la puertecilla, y su padre y su madre, sus hermanos y hermanas se colgaron de su cuello, y le besaron llorando de gozo.

HERDER.

## CANTARES.

Cariñito, no mas penas,  
mira que no soy de bronce,  
que una pena se quebranta  
á fuerza de darle golpes.

Con esos ojos, ojitos,  
con esos ojos, ojones,  
todo me lo desbaratas,  
todo me lo descompones.

Los dientes de tu boquita,  
me tienen cautivo y preso,  
en mi vida he visto yo  
hacer cadenas de hueso.

Desde el umbral de tu puerta,  
hasta la cama en que duermes,  
hay una cadena de oro,  
y en ella preso me tienes.

## RECUERDO.

¡Oh beldad arrebatada en tu flor, el sepulcro no pesará sobre tí; pero sobre el césped que te cubra florecerán las primeras rosas del año, y el ciprés salvaje balanceándose estenderá allí su dulce y melancólica sombra.

Y á menudo, sobre las olas azules de esa onda susurrante, vendrá el dolor á inclinar su cabeza debilitada: alimentando su pensamiento de falaces ensueños, se apartará de ese sitio con hondo pesar y andará sin hacer ruido el pobre insensato, como si el ruido de sus pasos pudiera turbar á los muertos.

—¡Basta! sabemos que las lágrimas son ya inútiles, que la muerte no oye nuestras quejas ni se ocupa de nuestros dolores.—¿Y esto hará que no nos quejemos y que nuestro pesar se disminuya? Tú mismo... tú, que me aconsejas que olvide, tienes el rostro palido y los ojos húmedos.

LORD BYRON.

## REFRANES HIGIENICOS.

No bebas en laguna, ni comas mas que una (aceituna).

Hasta cuarenta de mayo, no te quites el sayo.

Pereza no lava cabeza, y si la lava no la peina.

Con oro ó con plata, ó con biznaga, ó con nada.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.  
Editor responsable, Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármén, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochao, calle de Jacometrezo, 65; y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En provincias, Estranjero y Américas en casa de los sorresponsales de los Señores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.